

A 50 AÑOS DE LEÓN XIII

FUERZA es confesar que, aun después de cincuenta años, las ideas sociales de León XIII siguen abriéndose paso. Nos siguen empujando. Y ahora más que nunca. ¿Habrá logrado León XIII aún más en el medio siglo posterior a su muerte que en el cuarto de siglo que llevó la tiara?

Por difícil que sea aventurar una respuesta a tal pregunta, lo cierto es que nosotros, los del siglo xx, le debemos mucho. Y, concretamente, los empresarios y dirigentes de la producción.

Parejo al monumento de ese obrero que levanta la cruz, homenaje escultórico de Roma a la memoria de *Rerum novarum*, podría levantarse otro, también de un hombre, con una cruz también elevada por sus manos. Pero un hombre que, en vez de ser un obrero, fuera un patrono.

En efecto, la frase de que la *Rerum novarum* fué el beso de Dios a los pobres, o el considerar ese escrito como defensa de sagrados intereses de los trabajadores, o como una encíclica "sobre la condición de los obreros", en frase de su autor; no excluye, sino que lleva consigo el que se pueda ver en ella la certera solución al no menos angustioso problema de un patronado ciego, desorientado, con un alma deseosa

en gran parte del bien, pero víctima del liberalismo inoculado por endósmosis desde el medio social.

¿Por qué el empresariado, con su alta función social, con su trabajo muchas veces agotador, no tan humilde como el del obrero ni tan extenuante del vigor muscular, pero más obsesionante y responsable, iba a estar condenado a un desprecio incondicional de parte de Dios e inexorablemente abocado a la ruina moral y eterna de cuantos formaran en sus filas?

Aquellos publicanos que en tiempo de Cristo recaudaban las alcabalas eran tenidos, por razón de su oficio, como gente corrompida y sin conciencia. Pero, ¿acaso no es posible—se pregunta uno—recaudar tributos y ser persona honrada?

Posteriormente sucedió algo parecido con los comerciantes. ¿Qué desestima la de las conciencias delicadas hacia aquella ralea dedicada al comercio y al cambio! ¿Y es que acaso el comerciar era en sí malo? ¿No era una necesidad, a poco de desarrollarse la división del trabajo?

También sobre el empresariado en bloque cayó el más feroz insulto colectivo contenido en la palabra *burgués*, desde que los hombres embutieron en tal voz todo el odio de clase y todo el sentimiento de inhumanidad de que creían animado al empresario frente a su colaborador antagonista, el obrero.

Entonces fué cuando León XIII alumbró la posibilidad de ser empresario y obrar el bien; de dirigir una industria y elevar al mismo tiempo la cruz; de ser poderoso e imitar a Cristo; empresa ésta tanto más difícil cuanto que pretende trasplantar a los puestos elevados el mismo espíritu con que Cristo vivió en su pobre e intrascendente situación.

Siempre fué difícil a los ricos y acomodados encontrar

en la moral cristiana una aprobación de su conducta social. Muchos de ellos lo sabían. Sentían el pinchazo de esta espina. No lo despreciaban, rectos como eran y querían ser; pero no encontraban fácilmente la manera de hacer compatible su profesión con sus ideas morales. A éstos, que eran y son no pocos, se les abrió el cielo el día en que un Papa les enseñó el camino. También ellos, como el proletariado, necesitaban redención.

Y el libertador fué el hombre que hace cincuenta años supo levantar el programa católico social entre las dos tenebrosas simas liberal y socialista y supo definir el verdadero sentido de una democracia cristiana que no degenerase en política, se contagiase de socialismo o se materializase, buscando en sólo la economía la solución de un problema que es, ante todo, religioso y moral.

Seguro que en las filas de la democracia cristiana y de las asociaciones patronales modernas de los diversos países podrían levantar la voz centenares de patronos, que afirmarían que sí es posible ser jefe de una empresa logrando la elevación del personal inferior que en ella trabaja, e incluso consiguiendo, junto con ese fraternal acercamiento de todos los que colaboran en la misma producción, un aumento del rendimiento y de los beneficios consiguientes. Que sí es compatible la función del empresario con las exigencias morales de la persona humana: que no hay más que poner en práctica a la letra aquellas enseñanzas de León XIII, que llevan medio siglo barrenando toda otra vana propuesta de solución, e imponiéndose progresivamente por la fuerza misma de su verdad.

A este mundo había de volver ahora de visita León XIII. ¿Es posible—se preguntaría—que aquellas escasísimas disposiciones jurídicas, cuyos balbucesos ya pude yo percibir a

principios de siglo, hayan germinado en todo un sistema institucional que regula contratos, fija salarios, resuelve pleitos y establece seguros? Y todo esto parece hoy natural. Natural, después de hecho. Como el huevo de Colón: el caso es dar con la solución. ¡Cuántas jornadas de marcha a campo travesía en que vosotros, los que aspirábais a una empresa cristiana, buscabais en vano la escondida senda de la caridad y de la justicia! Aquel patrono que, en un exceso de generosidad, daba suelta a sus obreros después de doce horas de trabajo. Aquellos—más de uno—que en premio a su interés por los que soportaban un yugo poco distinto del de los esclavos eran tildados por sus hermanos de socialistas. Y aquel superhombre de la empresa de Val des Bois, que respiró hondo al recibir mi recomendación sobre el salario familiar en la *Rerum novarum* y lo implantó seguidamente, dando así escape a su inquietud por la mejora de los obreros; inquietud mal reprimida anteriormente por falta de ideas claras que impusieran su calma veraz sobre el encrespado y tenebroso campo social del siglo XIX.

Este fué el Papa que enseñó sin disfraz al empresario el modo de elevar esa cruz y supo limar las asperezas de tal doctrina con la suavidad de su amable diplomacia. Firme y amable. Así imaginábamos al Señor en su entrevista con Zaqueo, que no era precisamente un pobre de espíritu, ni un patrono ávido de la verdad y el bien.

El ideal social del liberalismo y del socialismo llegaron al mundo antes que el católico, fuerza es reconocerlo. El liberal, en 1789; el marxista, en 1848; el católico, en 1891. Pero el liberal es absurdo, y el socialista también. Si volviera ahora al mundo Le Chapelier, tendría por fuerza que hacer añicos con sus propias manos el decreto de abolición del régimen gremial. Los enciclopedistas se verían obligados a

abominar del *laissez faire*, que en lo social ha resultado ser sinónimo de *laissez opprresser*, *laissez écraser*. Marx varía científicamente refutada su teoría del valor; y al ser convencido de que no es el trabajo el único valor de las cosas, presenciaria lívido el desplome decisivo de su calumniosa plusvalía. Comprobaría ser tan falso el determinismo materialista de la historia, que la vida se queda sin razón de ser, sumida en una crisis insoluble, en cuanto no recurra a una concepción espiritual del universo. ¡Cuánta palinodia! ¡Qué responsabilidad!

Sólo León XIII podría ver a cincuenta años de distancia el acierto de su solución. Si no se avanza más—y hartó falta todavía—es solamente porque aún no se le hace todo el caso que merece.

Patrono, gobernante, poderoso: tu colaboración fué reclamada expresamente repetidas veces por León XIII. El espíritu gigante de aquel pontífice nonagenario no aguanta el peso del sarcófago de Tadolini, que guarda sus despojos desde hace medio siglo. Ese espíritu te ha libertado a ti, lo mismo que al obrero. El te enseñó el camino sin baches ni revueltas que llega a tu redención espiritual y aun material. La Iglesia—dijo él (*Encíclica Inmortale Dei*)—, “aun dentro del dominio de las cosas caducas y terrenales, procura tantos y tan señalados bienes, que ni más en número, no mejores en calidad, resultarían si el primero y principal objeto de su institución fuese asegurar la prosperidad de esta presente vida”.

León XIII atruene tus oídos, clase privilegiada de la sociedad. El quiere que sigas su rumbo cada vez más aprisa. No hay tiempo que perder. Su esperanza, por otra parte, no puede mostrarse más optimista: “La Iglesia ha podido—escribía al católico Descurtins—por sus propias fuerzas quitar

esta mancha deplorable de la sociedad humana—la esclavitud—, que la había penetrado como el aceite. El espectáculo de tal obra permite juzgar de lo que ella puede para arrancar a la clase obrera—y a la patronal, podríamos añadir—de los males a que la ha conducido la condición actual de la sociedad.”

A la vuelta de otros cincuenta años, cuando los hombres podamos fingir otra visita semisecular de León XIII al mundo, a la hora de ponderar la actitud social de la presente generación de dirigentes, ¿habremos conseguido de una vez, totalmente, ¡a cualquier precio!, la restauración cristiana de nuestra sociedad?

